

# Aquilataciones

NEMESIO CANALES

## La leyenda benaventina

**N**O poseo ni la cachaza, ni la erudición cielópca que pasan entre nosotros, las gentes de habla española, por cualidades esenciales del crítico. Pero, sin ninguna petulancia, confieso que no me tiembla el pulso al acometer este trabajo. No es labor de perito en el arte de escribir, no es tarea de expurgos y melindres literarios la que yo me propongo emprender, y no necesito, por consiguiente, ni el ojo de lince para atrapar el gazapo, ni la catarata de erudición para apoyar mi autoridad y deslumbrar—o deslomar—al lector.

Lo de si don Jacinto Benavente escribe bien o mal, o si sus obras responden o no a las exigencias de la última moda en materia de técnica dramática, me tiene muy sin cuidado—como le tiene sin cuidado a todo el mundo en España y América que no padezca de la superstición literaria, la más extendida y también la más tonta de las supersticiones.

No es la letra, sino el espíritu, no es el arte, sino la vida, lo que importa. Y es en nombre de la vida, de nuestra vida de ahora, agitada por tantos afanes, sacudida por tantas urgencias, que yo me detengo ante la encumbrada silueta de don Jacinto Benavente y le pregunto y me pregunto si tiene o no tiene bien ganada la enorme reputación de que está disfrutando, en pleno y pacífico dominio, desde hace más de treinta años.

La reputación sería lo de menos, si al amparo de esa reputación su influencia moral no viniese, como viene, pesando de tantos años sobre nosotros y en especial sobre nuestra juventud. Porque hay que tener presente que el teatro de ahora no es el teatro de hace cincuenta años. El teatro de ahora ha dejado de ser un lugar de mero entretenimiento, para convertirse en algo que participa de la doble función espiritual del

templo y de la escuela. No todos los adultos vamos a la iglesia o concurrimos a una escuela, pero todos los adultos, o casi todos, nos aglomeramos en un teatro al menos una vez por semana. Vamos, claro está, nada más que a recrearnos, a distraernos. Pero ¿quién puede negar que en tales momentos de mero recreo es cuando el autor — bueno, mediano o malo — nos coge de su cuenta y nos impresiona y alecciona mejor en un minuto que el maestro o sacerdote en un año?

Siendo esto así, ¿hay nadie que deba estar más sujeto a examen y discusión que el autor dramático, y mucho más el autor dramático que ocupa entre los suyos puesto tan privilegiado como el del señor Benavente? A mayor autoridad, mayor responsabilidad de su parte, y a mayor responsabilidad, mayor necesidad de parte nuestra, de parte del público, de escudriñar y sopesar escrupulosamente sus obras, para estar en todo tiempo alerta de si cumple o no cumple, de si sirve o no sirve para su elevadísima misión de guía, de líder, de «pioneer» social.

Pues bien, no preocupándome un segundo de si tengo o no tengo equipo literario suficiente, que no necesito, porque ya he dicho que la parte meramente literaria, técnica, de la obra benaventina, me importa un rábano, y sólo como uno del público agujoneado por un irreprimible afán de que se juegue limpio con la multitud, no haciéndola tragar gato por liebre, yo me decido (ya que nadie lo hace, porque hasta la fecha sólo críticas parciales de alguna que otra de las últimas obras del caudaloso autor he visto por ahí), yo me decido, digo, a levantarme a dar un estentóreo grito de alarma y a protestar, en nombre de todos los que hablan mi idioma en España y América, pero especialmente en nombre de la gente joven y con alientos de aquí y de allá, no de éste ni de aquel drama, sino de todos, de toda la obra del celebrado, del divinizado don Jacinto Benavente.

Y ahora, voy a decir en seguida por qué lanzo esta protesta, aparentemente tan radical y fanfarrona. Es porque, una de dos: o soy yo el feliz poseedor de toda la estupidez de mi siglo, o el caso de Benavente es el más estupendo fenómeno de sugestión colectiva, apabullante, total, que haya ocurrido jamás en una nación. ¿Cómo es posible—me he preguntado mil veces—que este hombre haya conquistado tan fácilmente, y conservado por tantos años, la fama de autor colosal—el mejor, el insuperable, el único—que, casi sin discrepancias, le han adjudicado troyanos, verdés, amarillos, colorados y azules, en todas partes donde se habla español?

Qué se yo a qué se debe el fenómeno. A otro que lo averigüe si le interesa, que a mí me falta tiempo para entrar de lleno en la cuestión, que no es otra—para formularla otra vez con la mayor claridad posible—que la de si el señor Benavente es o no es, no ya el primer dramaturgo del mundo, como han afirmado, muy orondos, eseritores bien conocidos, como Zamacois, Francés y otros, sino siquiera el mejor de España, o mejor, si es o no es, a secas, un buen dramaturgo a la moderna, digno al menos de una quinta parte del río de adjetivos rimbombantes que le han dedicado.

Desde luego, declaro que no sólo no me parece el mejor dramaturgo de España, sino que ni siquiera me parece un buen dramaturgo de ninguna parte. Y como no quiero que esto sea dicho a humo de pajas, como es costumbre entre nosotros (que, cuando loamos, ponemos más allá de las nubes, y cuando criticamos, no dejamos palabra fea en el léxico que no movilizamos), voy sin más dilación a explicar la razón de mi dicho.

Vamos a ver: ¿cuáles son las obras más notables, las más sonadas y aplaudidas de Benavente? «Rosas de Otoño», «Los malhechores del bien», «Alma triunfante», «El hombrechico», «La losa de los sueños», «La noche del sábado», «La malquerida»... La lista podría alargarse con alguna otra, pero no acortarse, pues nadie negará que las citadas obras son de lo mejor, de lo más característico del teatro benaventino.

Pues bien, con estas obras a la vista, yo reto a los más apasionados admiradores de Benavente a que me señalen una, una sola de ellas, de la cual se pueda decir en conciencia que tiene la honda marca, el sello inconfundible del genio. ¿Qué cosa formidable, qué mensaje nuevo, qué soplo de infinito nos trae el coloso en alguna de ellas? Las leemos y las volvemos a leer cien y mil veces—y nada. Siempre el mismo fondo de

empalagosa vulgaridad, de retocada y exasperante medioeridad de buen tono, presentado ¡ay! para mayor desgracia, en el mismo vasito, paciente y cursivamente recargado de barata ornamentación.

Odio el teatro romántico, detesto las enfáticas y esponjadas declamaciones de Echegaray, pero, obligado a escoger, prefiero a éste. Porque, falso y todo, hay allí, en los dramas de Echegaray, calor, arranques, ruido, manifestaciones de una vida hipertrofiada, pero vida al fin, mientras que en Benavente... Oh! en el gran Benavente todo es insipidez. Ni el brío, ni el plebeyo arrebatado pasional de los caballeros quisquillosos y gárrulos de Echegaray, que por lo menos entretienen, ni tampoco el aletazo en el espíritu de una gran idea, como nos sucede siempre con Ybsen, con Tolstoy, con Brieux, con Bernard Shaw, a los que, en opinión de muchos, iguala y aún supera nuestro don Jacinto. Porque hay que tener en cuenta que es este teatro, el de ideas, el de tesis—a diferencia del de pasión, del de intriga, del romántico—el que cultiva Benavente. Y es claro: al vado o a la puente. ¿No me da usted, señor autor, enredo, lanceos pintorescos, choque de codicias o de enamoramientos histéricos a lo Sardou y a lo Echegaray! Pues tiene usted que agarrarme entonces con la zarpa enorme de un pensamiento, de una gran idea.

Y veamos, veamos lo que nos da usted en sus más culminantes momentos teatrales. Empecemos al azar, por la primera de sus obras que nos alumbró la memoria, por «La losa de los sueños», por ejemplo.

¿Qué hay dentro de «La losa de los sueños»? Claro que yo no voy a relatar la trama de dicha obra, ni de las demás, por que entonces necesitaría siete años para estas aquilataciones. La doy por leída, y sigo adelante, y pregunto: ¿es o no cierto que «La losa de los sueños» pretende ser una obra de tesis? «Sí, lo es», oigo que me responde el mismo Benavente (quien ni a balos consentiría en ser un mero sucesor de Echegaray en la fabricación de muñecos románticos); lo es, lo es todo mi teatro, a excepción de «La malquerida», que fue, precisamente, un alarde (infantil) de mi parte, para dejar bien probado que en punto a dramas servía yo para todos los géneros, lo mismo para los «intensos» ibsenianos que para los «violentos» echegaráicos.”

Pues, si estamos de acuerdo en que «La losa de los sueños» es obra de tesis, ¿dónde está esa tesis, la idea central del drama, el fuego que mueve, arrebató y abrasó a los

personajes? Este fuego, más o menos intenso, no falta, no puede faltar en ningún drama. O nace en el corazón y de allí se extiende hasta la cabeza y la incendia, o a la inversa, nace en la cabeza y de allí baja hasta el corazón y lo achicharra. ¿Nace en el corazón? ¿Se genera en la zona tórrida de los sentimientos o instintos puramente animales (pasión de amor, de odio, de codicia, etcétera)? Pues drama romántico tenemos. ¿Nace en la cabeza? Drama de pensamiento, de tesis. Y tan dramas los unos como los otros, con la sola diferencia de que los últimos no suelen tener lugar entre las gentes primitivas, de la edad de piedra, vistan o no vistan de frac; en tanto que los primeros, los románticos, los llamados pasionales (aunque tan pasionales son los unos como los otros, porque no hay nada que apasione tanto como las ideas), ni ocurren ni interesan entre las personas reflexivas, conscientes, de evolucionada organización cerebral y emotiva.

Pero, volviendo a «La losa de los sueños», ¿cuál es el problema planteado en esta obra? Por mucho que la estiremos y exprimamos, nadie sacará de ella sino esto: un desliz, el clásico de la señorita pobre y honrada seducida por el señorito rico y bribón. De este desliz, un niño, y del niño, una situación que podrá ser todo lo penosa que se quiera, pero que, tal como nos la presenta Benavente, no es drama, y mucho menos drama de pensamiento. La pena, de por sí, no es drama. Si lo fuera, los mejores dramas serían esos melodramas en que, apelando al grosero recurso de los suplicios inquisitoriales, se explota este sentimiento hasta hacer llorar a las butacas. ¿Y cómo dramatiza Benavente el caso éste, de desliz y de niño tapado, de la señorita pobre? ¿Qué conflicto plantea? Pues, ni más ni menos, el mismo que podría plantear Pérez Escrich.

La señorita pobre, la protagonista, siente en seguida caer sobre ella todo el peso de la tradición de moral sexual troglodítica que impera en su casa y en su círculo de clase media. Recriminaciones de las hermanas solteras y casaderas, que le echan a cada rato en cara que por culpa de ella no hallarán marido; llantos de la madre, desdenes, murmuraciones, etc. ¿Y qué hace ella ante una situación muy desagradable pero que ha debido esperar? Nada. Ella habla, hace frases, se lamenta y llora a todo lo largo de la obra. Ya lo véis: hasta aquí el mismo fondo, insulsa y machaconamente plañidero, de «María, o la hija del jornalero», de Pérez Escrich. ¿Pero no hay nada más? Sí hay. Hay un joven, el protagonista, el que encarna las ideas del autor, quien, lo mismo que

la protagonista (y lo mismo también que los héroes de Pérez Escrich) pertenece a la ya desacreditada clase de «joven pobre pero honrado». (El mundo empieza a caer en la cuenta de que de un joven pobre pero no honrado algo se puede esperar, pero del pobre y honrado—conforme con su suerte—¿qué demonios se puede esperar?). Pues este joven—Cipriano—está perchezeriescamente enamorado de ella, de Rosina, la buena joven seducida. ¿Y qué hace Cipriano en favor o en contra de la joven seducida? Pues nada, lo que hacen siempre los héroes de Benavente; hablar muy por lo fino, discretar, lamentarse y llorar a todo lo largo de la obra. Pero oigámosles, oigamos lo que se dicen los dos en uno de los momentos culminantes del drama:

(Rosina).—«Sí, sí. No puedo más, no es posible. Mis hermanas, mi madre... es una lucha continua, superior a mis fuerzas. Aquí soy un estorbo; mis hermanas me lo dicen. Mi madre no lo dice, pero llora por mí y por ellas... Por mí, ya no es posible que haya alegría ni tranquilidad en esta casa, he comprometido hasta su bienestar; sí, lo sé, su bienestar... Las esperanzas de todos. ¿Cómo no han de dejarme sentir que todo es por mi culpa?... Mis hermanas, con sus palabras; mi madre, con sus lágrimas; otras personas que antes me estimaban, con su acritud o su desvío... ¡Ay, Cipriano! Creemos contar con afectos seguros, que nunca han de faltarnos, y cuando más necesitamos de ellos, los vemos alejarse y perderse.»

(Cipriano).—«Es verdad. Nos creemos rodeados de afectos, nos parece que ellos son nuestro sostén en la vida, y es porque sólo nos hemos apoyado en ellos con blandura, en los días apacibles de nuestra vida; pero si en días de borrasca, como naufragos desesperados, necesitamos asirnos de ellos fuertemente para salvarnos, los vemos hundirse con nosotros... y ¿qué piensa usted hacer, Rosina?»

Bueno, ya los habéis oído. Ni a él ni a ella se les ocurre nada, como no sea el entregarse a la egoísta voluptuosidad de la compasión por sí mismos. Y éste es el profesor de vida, el «pioneer» que nos ha de alumbrar con el sol de su genio el camino. Éste es el inmenso don Jacinto, a quien no se le ocurre otra cosa que decirnos sino: «Idoren muchachos, que la cosa no es para menos,

pero ¡eso sí! tengan buen cuidado de que, al lamentarse, los párrafos les salgan bien. Ya que la vida no sirve para otra cosa, que al menos sirva para dejar caer de la boca cositas sutiles que encanten al vulgo de frac.”

No, no se puede presenciar estas cosas sin perder un poco la chabeta. ¡Miren que ponerle a uno delante, como héroe, como encarnación del principio o idea motriz de un problema humano, tipos de tal insipidez como este papanatas de Cipriano! “Es verdad. Nos creemos rodeados de afectos, nos parece que ellos son nuestro sostén en la vida, y es porque sólo nos hemos apoyado en ellos con blandura, en los días apacibles de nuestra vida; pero si en días de borrascas, como naufragos desesperados, necesitamos asirnos de ellos fuertemente para salvarnos, los vemos hundirse con nosotros... ¿y qué piensa usted hacer, Rosina?”

Que qué piensa hacer? Pues yo creo que para Rosina lo primero, lo más urgente por ahora, amigo Cipriano, es llamarle a usted imbécil. «Imbécil»—le gritaría yo si fuera ella—“le parece a usted que un hombre joven, sano, fuerte, con humos en la cabeza de superioridad sobre el vulgo, no debe, esté o no esté enamorado, sentirse avergonzado de salirle a una mujer joven, sana, fuerte y bella, como yo, con esas simplezas, con esa ramplona sensiblería gemebunda, cobarde y cicatera con que usted me sale? ¿No sabe usted que esa filosofía de moco de pavo, además de antediluviana y superficial, y además de cobarde y enemiga de la vida, es falsa? “Nos creemos rodeados de afectos, nos parece que ellos son nuestro sostén en la vida...” ¡Ah, pícaro! Conque a eso llama usted tragedia, a que el cariño de los demás no le sirva siempre de almohadón, a que sus semejantes no lo rodeen, mimen y sostengan a cuerpo de rey, dándole gratis su afecto, de manera que no tenga usted sino abrir la boca y decir esto quiero y esto no quiero? ¿Pero usted qué se cree, que los demás son tan tontos? A ver! ¿qué ha hecho usted por los demás? ¿qué les ha dado? ¿cuándo enloqueció usted de amor hasta pelear y padecer por ellos? ¿cree usted que discretar en el café, frente a unas copas, como un ocioso filisteo cualquiera, es título bastante para aspirar a la simpatía humana? Y, para concluir, ¿no sabe usted, don Necio, que los tesoros de bondad ocultos en la entraña de la vida no se le vienen, así como así, a la mano al primer desocupado que los pide, sino que sólo pertenecen al gran señor de sí mismo, generoso, valiente e inflamado en ardores de universalidad y de lucha, que ha hallado el

gran secreto ibseniano de que “darse todo es recibirlo todo?”... Eso diría yo si fuera Rosina.

Pero, a ésta también, a esta pobre Rosina le hace falta una mano más fuerte que la de Benavente que la saque de su tragedia boba de infeliz avecilla doméstica y le enseñe el camino. Qué camino? Cualquiera, menos el de la gazmoña resignación declamadora de Benavente. “Venga usted acá”—le diría yo—“y séquese esas lágrimas y contésteme con sinceridad. ¿Qué le sucede? ¿Que ha cometido una infracción de esa moral convencional que hace de la mujer el monstruoso artefacto social llamado la señorita, cuya única misión es la de pescar marido como quien pesca un número en la ruleta, con el solo fin de asegurarse con él la mustia vida de parásito que antes tuvo junto al padre el hermano o el tío? Pues en lugar de apocarse y dolerse, mendigando la compasión ajena, cosa indigna de las gentes que vienen al mundo a hacer algo, y no a esperar que se lo den hecho los demás, reaccione y alégrese usted y demuestre — con hechos y no con sutilezas de mesa de café — que es mejor, que es de madera más selecta que sus señoritas hermanas. ¿Cómo? Pues, en primer lugar, hágales justicia y reconozca que está usted mucho mejor que ellas. ¿No sabemos, por usted misma, que tiene usted un hijo que la deleita a usted enormemente con sólo mirarla? Pues ya ve usted; sus pobres hermanas no sólo carecen de esa infinita alegría, sino que viven angustiadas por el torturador afán comercial de dar con su escurridizo número en la ruleta matrimonial. Luego, si no es usted tonta o hipócrita, en lugar de pedirles compasión, debe usted compadecerlas a ellas. Y ahora, vengamos a su situación, que es nueva, y por lo nueva difícil, pero de ninguna manera desesperada como se la pinta a usted el majadero de Cipriano. Por poco que tenga usted de heroína, comprenderá que son precisamente estas situaciones las que cuadran mejor a los fuertes, a los héroes, y por consiguiente, las que los héroes saborean mejor. Al héroe déle usted vida intensa, ocasiones de entrarse a golpes con la realidad, para probarse, para medirse, para «realizarse», y le verá usted contento. Pero póngale, en cambio, mesa buena, cama blanda y vida insulsa, pobre, huera, entre almohadones y comodidades, y le verá usted rabiar antes de un mes. ¿No sabe usted que lo que hace la desesperación de un pavo o pava casi siempre haría las delicias de las águilas? Aquí lo urgente es saber qué es usted, pues de lo que sea usted depende el camino a seguir. ¿Es usted pava? Pues pórtese usted como lo que es, como una pavita delincuente

que voló un momento más allá del corral, y arrepíentase un poco y humíllese y salmodie culpas y perdones otro poco y elimine de su actitud todo aire de protesta impropio de una pava que vuelve a su corral, y ya verá usted lo bien que le va. La fuerza de una pava está en la mausdumbre, en la humildad. Sea humilde y mansa usted a todas horas y se ganará a sus hermanas, y hasta el desliz y el hijito, andando el tiempo, verte-rán sobre usted tal claror tenue de novela de amor y de lágrimas, que el buen mundo bur-gués, cuya alma se está hace tiempo volvien-do romántica, empezará por compadecerle y acabará por adorarla. Así ha sido y así será siempre. En cambio ¿es usted águila? ¿Voló usted por encima del corral por innata vo-cación de vuelo ágil y libre y no por mero devaneo fugaz de pava seducida? ¿Infringió usted conscientemente el bárbaro precepto de moral social que suelta al pavo y amarra a la pava, que festeja en el pavo aquello mismo que anatematiza en la pava? Pues, si es usted águila, mi bella Rosina, séalo en seguida y por completo y perderá muchas cosas que no le hacen gran falta y ganar otras que le hacen muchísima, y ya verá lo ricamente que le va. Pero ¡eso sí! o pava del todo, o águila del todo; y no, como ha pre-lendido usted hasta ahora, pava y águila al mismo tiempo, porque esos dualismos sí que no los tolera la vida. Conque, ya lo sabe: o dentro del corral o fuera del corral. Si dentro, a hacerse perdonar como Dios y la tradi-ción mandan. Y si fuera, a quitarse pronto de enmedio, para no estorbar a sus her-manitas casaderas, justamente alarmadas e indignadas por la conducta doble de usted, que, prácticamente y debajo de sus quejas, aspira a andar bien al mismo tiempo con Dios y con el diablo... Con Dios—la moral convencional de la señorita—y con el dia-blo—la moral, más alta, de la mujer de alma libre, responsable ante sí misma y cons-ciente de su igualdad respecto del hombre. ¿No cabe usted, por sus ideas, por su riqueza espiritual, dentro de la sociedad mojiga-ta, ociosa, chismorreante, suspicaz y parasita-ria del círculo de sus hermanitas? Pues muy bien. No se amilane usted. Haga usted cuanto antes su maleta o su lío, y suavemen-te, sin escenas, dígales usted adiós con mucha bondad a sus hermanas infelices (con-denadas a pescar o perecer), abraza usted a la buenaza de su mamá... y a vivir, que si ancha era su casa, más ancho es el mundo. A vivir he dicho, y al decirlo, le he traza-do a usted el único programa digno de un ser libre. ¿No es usted sana, fuerte, genero-sa, ágil, bella de cuerpo y de espíritu? Pues

¿qué destino mejor y más alto que bajar usted al mundo y poner en función sus fa-sultades, prefiriendo al moho de la inacción los azares de la acción? ¿Qué destino mejor que incorporarse a la legión brillante de mujeres libres que dan su batalla en el mun-do por esto o por aquello? ¿Qué hay más peli-gro en andar suelto por el mundo que en es-tarse quieto en su casa? Pero, si el fin de cada hombre fuera eludir los peligros (como parece ser, en el fondo, la filosofía de Be-navente, no obstante la aparente modernidad de sus sutlezas de curial), el ideal de los más inteligentes sería vivir debajo de la cama, que es donde más seguro se está. Decídase usted, pues, dulce Rosina, y haga lo que digo o haga otra cosa; todo menos empeñarse en darnos la tostada, haciéndonos tragar como tragedia lo que son sólo niñerías de usted y necios lirismos recalentados de ese Cipriano holgazán y pedante que la guía.”

Ya ve el lector cuan falsa, cuan grotesca es la tragedia con que nos obsequia el se-ñor Benavente. Ya ve el lector, por muy be-naventino que sea, como, despojados de ho-jarasca retórica, estos héroes de Benavente son, en el fondo, muñecos de la misma fami-lia fea, sensiblera y cursi que los del pobre Pérez Escrich. ¡Y pensar que una raza que tiene a Galdós en España y a Florencio Sán-chez en América, en una edad en que vivie-ron Ybsen, Brieux, Tolstoy, Tchecov, Strind-berg, Shaw, se haya pasado más de treinta años arrodillada como ante un milagro, ante este monótono propagador de ramplonas fi-losofías de agua dulce! Porque no hay que darle vueltas; no hay que decir que invento, o que quito, o que pongo. Ahí está la obra. Y ahí, en la obra, si no basta con lo que he transcrito, está la tesis, el corazón mismo del drama. Copiemos un poco más:

(Cipriano). — ...“Es la crueldad de la vida. Esta vida que nos sepa- ra, que debe separarnos si quere- mos salvar lo mejor de nuestro co- razón... ¡Los versos del poeta mori- bundo!

¡Es la vida la losa de los sueños!

Y si es triste enterrar los sue- ños de nuestra inteligencia, los sue- ños de arte, de gloria, tal vez inac- cesibles... ¿qué será enterrar estos sueños de amor y de bondad?”

(Rosina).—“No, Cipriano. Es- tos sueños de bondad y de amor que la vida entierra, tendrán su resu- rrección en la otra vida. ¿No cree

usted? Yo no puedo dudarlo. Cuando la vida era más triste, cuando podía dudar de todo, he visto asomarse para mí el cielo en los ojos del hijo mío y en el alma de usted, Cipriano”.

¿Hay nadie por ahí que me niegue que, aparte la forma, el estilo, la cáscara, embaldernada de aparatosa y falsa modernidad, estas sensiblerías de pollo con moquillo no se encuentran sino en los novelones de Pérez Escribá, Carolina Invernizo y comparsa? Hacer un drama en tres largos y asmáticos actos, para venirnos a enseñar en fin de cuentas que «es la vida la losa de los sueños» y que lo más sensato es, o pegarse un tiro (esto no lo dice el autor, pero sería lo más lógico) o no hacer sino cruzarse de brazos y doblar la cabeza hasta que venga la muerte a cargar con nosotros, porque... “estos sueños de bondad y de amor que la vida entera tendrán su resurrección en la otra vida. ¿No cree usted?”...

Habrás visto! Pobre juventud la nues-

tra, la del gran mundo español e hispanoamericano, alimentando su curiosidad espiritual de esta bazofia corruptora y repugnante. Calumniar la vida, la gran hoguera alucinante de la energía universal y eterna, y conjurar a uno ante ella a la inacción de los paralíticos, a la más sombría de las resignaciones, sencillamente porque no le regala blando y fácil nido al sueño idiota de dos amantes sandios de zarzuela... Hombre! Pues no faltaba más, sino que toda esta maravillosa máquina del cosmos no fuera sino un pretexto para los sueños galantes de un par de mentecatos que se creyeron venidos al mundo a no otra cosa que a cambiarse las ternezas empalagosas de los dúos de óperas y zarzuelas: (“Ven Roberto, ven por Dios!..”)

(Pero me doy cuenta ahora de que no cabe en un solo artículo todo cuanto hay que decir acerca de Benavente, y no queriendo matar de fatiga al lector, ni dejar en el tintero las demás obras indicadas, termino aquí con la promesa—o amenaza—de continuar en los números siguientes).



## Noticias del mundo científico

Los gérmenes bacterianos no son causa sino efectos de las toxinas que desarrolla el organismo.—Notables experimentaciones del doctor Turk

**E**L secreto terapéutico de la antigüedad consistía en redimir el organismo de los espíritus maléficos; en nuestros días, el propósito curativo consiste en librar a los pacientes de los gérmenes infecciosos.

Como se ve, el plan es casi el mismo, pues la superstición es la base del esfuerzo terapéutico. Los resultados médicos del presente están demostrando que los avances realizados en el orden curativo no difieren esencialmente de los que se practicaron por allá en tiempos del sitio de Troya; los métodos que usaron los cirujanos durante las guerras napoleónicas no son, relativamente, muy inferiores a los que se han observado durante el curso de la tremenda guerra que acabamos de presenciar.

Tal es la opinión del sabio investigador, doctor Fenton B. Turek, consignada en una importantísima monografía que acaba de presentar a la Academia médica de Nueva York. Sostiene el citado cientista que muchas de las afecciones, como las úlceras, la neumonía, etc., que consumen a los heridos en los campos de batalla, no son la consecuencia inmediata de infecciones microbianas, como se cree generalmente, sino el resultado de la absorción de los venenos o toxinas que desarrolla la necrosis al desintegrar los tejidos celulares. En otros términos: el mortal enemigo de los heridos no es el germen infeccioso, sino la decadencia de las tramas histológicas de los organismos de tales desgraciados.

Los productos de la necrosis determinan muchas complicaciones y dolencias, en cuyo proceso no interviene el elemento bacteriano sino por acción consecuenencial y agravante. A donde quiera que la necrosis se presenta—dice el doctor Turek—las bacterias encuentran una oportunidad de desarrollo y apre-

suran, por efecto de su acción catalítica, el avance de la desintegración celular.

El desconocimiento de estos hechos ha humillado a la cirugía en los campos de batalla, demostrando que los hombres de laboratorio todavía andan apegados al empirismo del pasado, sin haber intentado reproducir las condiciones patógenas que presencian en las clínicas, para realizar el avance científico de la terapéutica.

Los muy cuidadosos estudios de verificación que ha emprendido el doctor Turek, observando la boca, la garganta, la nariz y el estómago, han evidenciado que solamente cuando la necrosis se presenta es cuando los gérmenes microbianos pueden desarrollarse. Cuando los tejidos están sanos y bañados por la corriente sanguínea no es posible el desarrollo microbiano.

Para estudiar el proceso de las degeneraciones celulares intestinales, el doctor Turek ha podido observarlas por medio de especímenes de las paredes intestinales, cuidadosamente seccionadas, quedando demostrado que las úlceras estomacales se forman por citólisis y autólisis. El producto de la desintegración celular al ser absorbido produce la autoцитólisis, la cual engendra úlceras fegedénicas cuando se realiza en regiones ricas en fermentos, como la pilórica. Las dilataciones intestinales se deben a intoxicaciones semejantes verificadas no sobre los nervios, sino sobre los tejidos celulares musculares.

Artificialmente ha podido el doctor Turek producir en animales la postración nerviosa, con sólo exponer una víscera e inyectarla con los productos de la desintegración celular. Tales inyecciones han causado la muerte por abatimiento nervioso. Idénticos resultados se han obtenido cuando la desintegración ha tenido por causa la acción del cloroformo.

Delante de estos resultados el doctor Turek se ha esforzado en neutralizar el veneno que desarrolla la degeneración celular, y, en ese empeño ha logrado preparar un suero antitóxico y vacunas que previenen y

detienen el avance de las afecciones provenientes de la degeneración celular y que sin fundamento positivo se achaca a la acción parasitaria.

Ha inyectado, por ejemplo, un caballo con la emulsión de un tejido humano, produciendo en el bruto la misma clase de infección en forma antitóxica; este suero es de sorprendente acción curativa en toda clase de heridas. «*Simila, similibus, curantur!*»

Una antitoxina formada por tejidos pulmonares, resulta de gran valor específico en todas las afecciones de las vías respiratorias. En casos asmáticos es admirable.

Ahora, la desintegración celular, la causa inmediata y directa de las infecciones, proviene de la coagulación de los licores bióticos, pues toda vez que las funciones circulatorias se alteran sobreviene la degeneración celular. De ahí que las heridas traumáticas traigan consigo la necrosis.

Experimentando en este campo, el doctor Turek sostiene que toda conmoción puede ser causa de desintegración celular, pues colocando en una caja huevos, gelatina, leche y otras sustancias coloides, basta la detonación de un arma para que sobrevenga la inmediata coagulación. Lo propio acontece con los tegidos viscerales.

Las conclusiones del doctor Turek pueden sintetizarse en estos términos: Toda herida o traumatismo, causados mecánica, física o químicamente, trae consigo la muerte de algunas células; esta desintegración es la causa directa de las toxinas que desarrollan las enfermedades; inyectando estas toxinas con los elementos microbianos que en ellas se desarrollan, puede inyectarse un caballo y del suero que de él se extrae resulta la antitoxina correspondiente y con la cual podemos curar las enfermedades similares. El tratamiento de la neumonía se realiza con una antitoxina formada por partículas de pulmones en asocio de las bacterias neumónicas.

El procedimiento está en aplicación constante en los hospitales norteamericanos.

### Maravillosas investigaciones.—Los experimentos de Sir William Ramsay

La ley de la transmutación de los elementos del célebre investigador William Ramsay, no ha quedado olvidada en el terreno de la experimentación científica, y es de esperarse que ahora que la paz principie a reinar entre los hombres, las actividades de los laboratorios ingleses volverán a ocuparse preferentemente de problema tan interesan-

te, tal como lo anuncia el sabio investigador William A. Tilden, prometiendo que los posteriores estudios habrán de comprobar las hipótesis que dejó formuladas el célebre cientista.

Es bien sabido que desde doce años atrás Madama Curie pudo aislar las sales del radio y que desde entonces las propiedades químicas de tal sustancia han sido el objeto de numerosas y muy pacientes investigaciones. Ramsay fue de los primeros en preocuparse del asunto y, en asocio del profesor Frederick Seddy, estudió el espectro de las emanaciones, en las cuales se hallaron las mismas propiedades de los gases, siendo de advertir que ya Rutherford y Seddy habían demostrado que la inercia de tales emanaciones era comparable a la del argón.

Las investigaciones de Ramsay en este particular lo condujeron a la hipótesis de la existencia en la atmósfera de gases inertes, en cuya investigación no llegó sino a resultados deficientes; sin embargo, obtuvo la convicción de que los gases inactivos tienen un peso atómico superior al del xenio. Desde las conocidas gradaciones o propiedades que median entre el helio y el xenio, hay algunas cuyos elementos componentes tienen que ser gases y éstos, como es bien sabido, no forman compuestos. Tres gases se han conocido tan inactivos químicamente como los del grupo argón y son las emanaciones del radio, del torio y del actinio.

Los esfuerzos realizados para determinar el peso atómico o molecular de las emanaciones del radio y del torio, han mostrado que el del primero es aproximadamente de 175. Ramsay, sin desalentarse por tan inciertos resultados, emprendió una serie de investigaciones con el fin de averiguar la densidad de las emanaciones del radio, investigaciones que William A. Tilden califica de sobresalientes y admirables.

Toca ahora resolver el problema de determinar el peso de la emanación que corresponde a determinada cantidad de radio. El total de volumen de gas que ha logrado pesarse escasamente excede de 1-10 de milímetro cúbico y su imperceptible burbuja no alcanza a 7—1400 miligramos. Para medir tan diminuta cantidad de gas con una exactitud satisfactoria se ha necesitado de una balanza de 1—100000 miligramos.

Grandes han sido las dificultades que Ramsay tuvo que vencer para estudiar la emanación del radio en soluciones de cobre y de plomo, tan importantes para la verificación del fenómeno. Los detalles concernientes al aparato y a las operaciones consi-

güentes, son en extremo complicadas y reclaman de muy cuidadosas precauciones para evitar las posibilidades de error. Las conclusiones, como se ha dicho, no han dado por estas razones los resultados que son de desearse.

### Opiniones de Marconi y de Tesla sobre las comunicaciones interplanetarias.—Como se formará el esperanto sideral

Cuando el genial electricista, Nicolás Tesla, tuvo noticia de que Guillermo Marconi había recibido algunas comunicaciones radiográficas de misteriosa procedencia, se apresuró a confirmar el hecho, recordando que en su laboratorio de Colorado Springs se había observado semejante fenómeno, aunque de manera confusa y deficiente.

Sin embargo, la periodicidad constante de tales señales, en el concepto de Tesla, hacen suponer que no sean meras perturbaciones estáticas accidentales, sino verdaderas comunicaciones interplanetarias, procedentes de Venus o de Marte, ya que las condiciones de dichos planetas son muy semejantes a las de la Tierra; ésta representa la edad vigorosa; Venus, la infancia, y Marte la edad madura.

Venus ostenta inmensas cordilleras cuyas cumbres penetran docenas de millas dentro de su atmósfera; pero es planeta demasiado joven para que sus pobladores se hayan dado cuenta de la existencia de los hombres. Marte, en cambio, ha recorrido en su evolución todos los estados cosmogónicos de la Tierra y preparado todas las condiciones que nosotros conocemos. Sus habitantes, a juzgar por los inmensos canales que contempla el telescopio, han hecho formidables avances en la mecánica y realizado prodigios en las artes.

Allí en aquel planeta, la fuerza de gravedad es apenas de dos quintas partes en relación con la de la tierra y, en consecuencia, todos los problemas de mecánica son allí inmensamente fáciles de resolver. Su magnitud es inferior a la de nuestro planeta y, por ende, las comunicaciones y el contacto de sus habitantes son más pronto, más oportunos. La evolución intelectual de los martianos tiene que ser inmensamente activa.

Sostiene Tesla que las señales que transmitió a modo de respuestas a tan misteriosos llamamientos interplanetarios, ya hace algunos años, debieron producir no poca sorpresa entre los martianos, quienes seguramente disponen de admirable instrumental y de los medios necesarios para comprender fácil-

mente que tales señales procedían del planeta que nosotros denominamos Tierra.

En acuerdo con Marconi, Tesla se inclina a creer que las matemáticas pueden servirnos de medios comunicantes; sin embargo, se apoya en la imposibilidad del conocimiento sin la preexistencia de la forma y dice que tal comunicación no podrá realizarse sino tan luego como estemos capacitados para transmitir las señales radiográficas acompañadas de sus respectivas imágenes. Hasta entonces no principiará a desarrollarse el Esperanto sideral. Ya podemos transmitir imágenes telegráficamente, ¿por qué desear de llegar al mismo resultado en el campo inmenso de la radiografía?

El día en que esto suceda, desde ese momento quedará resuelto el intrincado problema de las comunicaciones interplanetarias.

En cuanto a la existencia de habitantes sobre la superficie de los astros afines de nuestro globo, es creencia que se impone con lógica racional e irresistible. No es posible que los fenómenos del movimiento y de la vida sean una peculiaridad exclusiva de nuestro planeta, contradiciendo las leyes universales de la evolución.

La distancia que nos separa de Marte es de 35 millones de millas, y, según la opinión del cientista Tesla, un impulso radiográfico puede recorrer esa inmensa distancia en el lapso de cinco minutos. ¿Se quiere mayor acercamiento?

Tesla, sin embargo, no acepta algunas de las teorías que los físicos han imaginado para demostrar la imposibilidad de las comunicaciones interplanetarias. No hace mucho tiempo, en una exposición que publicó en *The Electrical Experimenter*, no sólo combatió y negó la teoría sobre la rotación de la Luna sobre su eje, calificando el fenómeno de ilusorio, sino que ha rechazado de plano las hipótesis sobre la propagación de las ondas hertzianas, tal como ha venido explicándose.

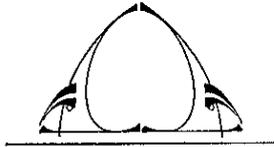
Las críticas que por ello se le han hecho en nada han variado los fundamentos de su creencia sobre la posible comunicación interplanetaria. Para explicarse suficientemente y vulgarizar sus ideas, ha creído conveniente el valerse de ejemplos casi burdos, comparando la Tierra a un saco de caucho lleno de agua y provisto de una bomba impenetrable. Si durante una hora y 48 minutos—dice—se pone en actividad la bomba, la masa de agua se conmoverá íntegramente, produciendo en la bolsa o saco movimientos de contracción y de expansión con la misma

intensidad y sin que las magnitudes y la distancia impidan la realización del fenómeno. Apresurando el movimiento de la bomba las ondas van empequeñeciéndose y expandiéndose súbitamente hacia el lado opuesto de la bomba y formando allí nodos estacionarios, y, como los flúidos son incomprensibles, elástico el recipiente que los contiene y no muy rápida la frecuencia de las oscilaciones, la energía se transmite sin grandes esfuerzos. Tal es la representación que hace el cientista de Colorado Springs sobre la propagación de las ondas hertzianas.

Y si, por ejemplo—agrega—la bomba

imaginada formase parte de un poderoso sistema de resonancias de grande inercia, los impulsos comunicados se agrandarían y se ampliarían enormemente.

Como se ve, el sistema hertziano es un tanto diverso del imaginado por Tesla. Explicando aquél por analogía habría que suponer que el pistón de la bomba, teniendo que vibrar con una velocidad pasmosa, y siendo demasiado pequeño el orificio de escape, el flúido en tales condiciones quedaría sin movimiento y el trabajo se transformaría en calor. Sin embargo, muchos expertos siguen obcecados por tan monstruosa hipótesis.



# Actuación de la mujer moderna

Los nuevos triunfos de las mujeres en el foro

**D**EL periódico americano «Sentinel», de Milwaukee, derivamos la grata sorpresa de un artículo en que se reseñan los triunfos de varias damas recientemente ingresadas en la profesión de abogadas, que es una de las profesiones cerradas, por la grosera superstición de los sexos, al espíritu femenino.

Una de las mujeres mencionadas es Miss McCormick, a quien el Fiscal General del Distrito de Brooklyn escogió entre muchos aspirantes para desempeñar el puesto de Fiscal Auxiliar junto a él. Miss McCormick comenzó sus funciones el día de Año Nuevo. Su misión en la oficina consistía en atender y dar curso a las denuncias relacionadas con mujeres y niños. Pero ahora, debido al excelente servicio que ha prestado, se ha extendido su función a toda clase de denuncias. Hasta la fecha le ha dado curso a tres mil denuncias, incluyendo sólo en esta cifra las que hacen referencia a mujeres y niños. Ha oído a los denunciadores, redactado la denuncia y dándole consejo oportuno y eficaz en cada caso a los querellantes. Muchachas extraviadas, esposas abandonadas, madres de familia viudas, niños traviesos, y otras víctimas de la mala organización social presente, han ido a ella para sentir inmediatamente la benéfica influencia de su ayuda. Y de todas estas experiencias su claro entendimiento ha extraído más de una vez ideas de reformas salvadoras que han ido a las manos de los legisladores convertidas en proyectos de ley. La influencia de esta señorita se hizo sentir muy marcadamente en la propaganda para obtener una ley federal prohibiendo en absoluto el trabajo de los niños. Su pluma y su

labor de Miss McCormick en una de las oficinas más importantes de la ciudad más grande del mundo es un ejemplo más de la admirable disposición de la mujer para todo lo que signifique labor social.

Otra mujer, la señora Clarisse Margoles Baright, ha adquirido prominencia en su bufete de la Calle Broadway, de New York. Esta ha sido la primera mujer abogado que ha defendido a un acusado ante una corte marcial. La defensa fue tan hábil que obtuvo la absolución. Hace tiempo que se le venen confiando asuntos importantes y su buena fama va creciendo.

«Losa Falls Bres, Abogada». Este es el rótulo de otra Oficina de Broadway. Pero la señora Bres no se ha limitado a la rutina profesional, sino que ya es autora de tres o cuatro obras de extraordinaria utilidad, como puede juzgarse por su título. «La Ley y la Mujer» es su primer libro, que contiene un compendio de las distintas leyes de los Estados Unidos que afectan a la mujer. Su segundo libro, «Mujeres solteras, casadas y viudas», trata de las leyes sobre el matrimonio y del efecto de ellas sobre los derechos de la mujer como propietaria. El más reciente de los libros es el que trata de la condición de los niños en los Estados Unidos y trae una compilación de las leyes que hacen referencia a los derechos reales y personales de la infancia.

Frances Marion Brandon era una mujer de su casa hasta que la guerra le arrebató a su marido para el servicio militar. Se presentó a examen y obtuvo la licencia de rigor para ejercer. Seguidamente logró un puesto en una junta de abogados asesora del «Registro de reclutas para servir en los automóviles militares». La labor de la señora Brandon, investigando las condiciones de fa-

más de abogado, Miss Grilli es una de las muchachas más bonitas de la gran ciudad y tiene una magnífica voz muy bien cultivada, como hija de un italiano que es. Pasó cinco años en una de las más enconpetadas oficinas de abogado de New York. Luego se dedicó durante un año y medio a especializarse en el ramo de las acciones para reclamar daños y perjuicios por casos de negligencia.

Otra de las mujeres de práctica profesional brillante en New York es Miss Amy Wren, con bufete abierto en Brooklyn. En Boston también hay un brillante grupo de abogadas, en el cual se destaca en primera fila la señorita Marion Weston Cottle, quien, en el verano pasado, dió conferencias notables sobre los temas siguientes: «El lado humano de la Ley», «Su abogado amigo», «El derecho para los hombres y mujeres atareados», «El sitio de una mujer en la Ley», etc.

Otra mujer de fama en el foro es la señorita Clara Ruth Mozzer que ocupa el elevado puesto de Attorney General (Procurador General) Auxiliar de Colorado. Este es el tercer año de servicio que lleva en dicha alta posición. Se graduó de abogado en 1915. Antes de entrar en la carrera de las leyes, Miss Mozzer ya era conocida como conferencista. Ella fue quien redactó la ley famosa de Colorado señalando el límite del salario a los patronos del Estado.

Otra mujer digna de mención por sus brillantes ejecutorias es la señora Tiera Farrow Moats, presidenta del Colegio de Abogadas de la ciudad de Kansas, Vice-presidenta de la Asociación General de Abogadas de Missouri y Vice-presidenta de la Asociación Nacional de Abogadas de los Estados Unidos. La señora Moats fue la primera mujer en encargarse de la defensa de un acusado en la Audiencia de Missouri. Por cierto que una vez, mientras Mrs. Moats argüía en la sala de justicia en favor de su representante en un caso de divorcio, el marido de su defendida en el divorcio se abrió paso de repente hasta la sala en que se debatía el asunto y mató de un tiro a su mujer.

En California se destaca hasta ahora en el grupo de sus mujeres intelectuales la simpática figura de Miss Margaret Ogden, de San Francisco, que fue la que redactó y defendió con gran elocuencia en todo el Estado el proyecto de ley concediendo a la mujer el derecho de officiar de jurado, proyecto que fue más tarde convertido en ley por la Legislatura de California.

Podríamos seguir citando nombres de mujeres que con su solo esfuerzo se han con-

quistado fortuna y laureles en el foro. Pero la lista sería demasiado larga y basta a nuestro propósito el grupo que hemos mencionado, representativo del triunfo del esfuerzo femenino en los centros de más ardua y enconada competencia profesional. Y hay que tener en cuenta, ante todo, para apreciar debidamente este florecimiento intelectual de la mujer emancipada del yugo de la tradición, el hecho tan significativo de que todo esto data de un período de tiempo que no alcanza a más de media docena de años en ninguno de los centros mencionados.

### Lo que cuesta el sufragio femenino en Chicago

Un alto personaje político de Chicago, llamado Charles E. Goodnoy, declaró que el sufragio de la mujer le había costado a Chicago en los últimos 5 años \$2.347.825. Esta cantidad, dijo él, representa el costo extra de las elecciones desde 1914 a 1918 inclusive atribuido al voto de la mujer.

Las réplicas de las sufragistas fueron prontas y contundentes.

La Presidenta de «The Illinois Suffrage Amendment Alliance», Mrs. Catherine Waugh, dijo:

“No es digno de ningún hombre este género de crítica. Las mujeres han ayudado a pagar los gastos de las elecciones desde el año 1 y siempre eran los hombres los que votaban. Las mujeres propietarias han pagado siempre una más alta proporción de las contribuciones que los hombres y las han pagado sin el privilegio de votar. Y ahora estamos pagando nuestra parte de las rentas públicas ¿por qué, pues, hablar de los gastos? Otra cosa: si uno examina los hechos, encontrará en seguida que el costo mayor de las elecciones no obedece tanto a que las mujeres voten, sino a la mayor complicación de la maquinaria electoral, y toda esta complicación la estableció el hombre. Si a todas las mujeres se les arrebatase de pronto el sufragio en este Estado, el costo de las próximas elecciones no habría disminuído mucho.”

Y otra Presidenta, la del «Club de Mujeres Sufragistas de Chicago», Miss Ella J. Abeel, declaró:

“¿Conque el voto de las mujeres cuesta tanto? Bueno, ¿y eso qué tiene que ver con el asunto? ¿Acaso el

voto femenino merece menos? ¿Cuesta más el voto de los hombres que el de las mujeres, ¿pero se le ha ocurrido a alguien proponer que se les quite el voto porque cuesta mucho?"

### La Conversión de Mr. Taft

Se considera como un gran triunfo del sufragismo en los Estados Unidos el cambio de frente que en su opinión contra los derechos de la mujer ha experimentado personalidad tan eminente en la política americana como William Howard Taft, el famoso ex-Presidente de los Estados Unidos. La conversión se hizo pública en un banquete que tuvo lugar en San Louis entre los simpatizadores de la Liga de Naciones, al que concurrieron 250 mujeres. Mr. Taft, al hacer su nueva profesión de fe, confesó que él había creído antes que la participación de las mujeres en los asuntos políticos no haría mucho diferencia, ya que las mujeres en cualquier comunidad votarían con los hombres. Pero que él ahora piensa de otro modo; primero, porque las mujeres son más sensibles a las cuestiones públicas que los hombres y están menos atadas por tradiciones políticas; y, segundo, porque el inmenso número de mujeres que ahora trabaja en las industrias de país necesita del voto para protegerse, a fin de que no se las trate peor que a los hombres.

### Una gran carnicería cooperativa administrada por mujeres surge en Nueva York— Más de dos mil mujeres se asocian en esta empresa

En «El Sun» de New York encontramos un artículo de extraordinario interés en que la escritora Sarah Macdougall nos da cuenta de la proeza realizada hace muy poco por un grupo de mujeres, estableciendo, bajo el nombre de «Sociedad Cooperativa del Pueblo» un negocio de carnicería con el fin de arrebatar a los especuladores sin conciencia el espléndido negocio que venían haciendo al amparo de la escasez de la carne. El negocio es exclusivamente femenino, puesto que son mujeres quienes lo han establecido y son mujeres también las que lo están administrando.

La tienda queda en Avenue C., número 135, en uno de los barrios más populosos y pintorescos de la parte Este de New York.

La presidenta de la Junta Directiva de esta asociación es la señora Philip Gottlieb; pero la organizadora es Mrs. Weingart, quien no hace mucho, antes de que surgie-

se la idea de la sociedad, se hizo notar por haber acudido a una tropa de quinientas mujeres que fueron en comisión a presentar sus quejas al Alcalde de la ciudad. Mrs. Weingart y sus compañeras invadieron tantas veces la oficina principal del Bureau Federal de Alimentos, que uno de los oficiales les preguntó un día por qué no abrían ellas mismas una tienda de carnes. Al principio ninguna de ellas hizo caso de la pregunta, pero poco a poco se fueron preocupando de la posibilidad que latía en las palabras del oficial, y así fue como comenzó la iniciativa de la gran empresa. En esquinas y salones públicos levantaban tribuna día tras día y argüían su caso con tal audacia y convicción que los vecinos fueron creyendo en ellas, y reclutaron a otros, basta que hubo el número suficiente para las bases de la empresa.

He aquí lo que Mrs. Weingart le manifestó a Sarah Macdougall:

“Nosotras no estamos en este negocio con el objeto de hacer dinero, sino simplemente para ayudarnos mutuamente. Esta tienda es un éxito. Siempre está llena como la vió usted ayer. Puede que abramos más tiendas pronto. Necesitamos urgentemente tiendas para el expendio de leche a fin de que las mujeres pobres puedan tener leche para sus hijitos durante todo el verano. Nos proponemos que los niños de este barrio tengan siempre alimento sano, limpio y saludable. Aquí la carne es más barata que en ninguna otra parte y además sabemos que está en buen estado siempre.”

Mrs. Weingart explicó también que, aunque sólo las mujeres son elegibles para formar parte de la sociedad, ésta tiene el apoyo material y moral de dos mil hombres. Estos son los maridos de las asociadas. Doscientas cincuenta mujeres poseen acciones en la sociedad. Ellas han contribuído con cinco dólares por cabeza para el fondo efectivo de la sociedad, y cada miembro paga quince centavos anuales. Esta aportación de cada uno de los dos mil miembros se dedica exclusivamente a los gastos corrientes.

“Nosotras venderemos muchas más acciones en esta primavera,” predijo la señora Weingart. “Todo lo que hay que hacer para interesar a las mujeres en un movimiento como este es hacerlas entender. Sentarse uno en su casa y quejarse del alto costo de la vida no conduce a nada. Nosotras nos damos la mano y nos ponemos a trabajar en seguida. Yo me subo a una caja de jabón en la esquina y hablo y los hombres y las mujeres se paran a escu-

char. Oh! sí, yo he hecho eso cien veces. Al principio hablaba en hebreo, pero ahora estoy aprendiendo inglés en las escuelas nocturnas, para hacer discursos en inglés. ¿Por qué las mujeres no han de hacer estas cosas? Esto no nos impide el cuidar de nuestras casas y niños. Usted no encontrará niños más limpios que los míos en ninguna parte. Y bien sanos que están, también! Cuando nuestros maridos vienen a casa del trabajo están demasiado cansados para ponerse a hablar sobre el alto costo de la vida. Pero cuando les mostramos que estamos haciendo algo práctico, inmediatamente nos ayudan. Cuando yo no puedo ir a un mitin, mi marido habla por mí. Uno de los beneficios de esta sociedad es, no sólo el abastecimiento de un artículo tan necesario para la comunidad, sino el sentimiento de unidad colectiva que va despertando a medida que nos acostumbramos a trabajar conjuntamente para un solo fin común. No hay nada que nos haya dado mayores alegrías que las ocasiones en que hemos logrado triunfar de alguna dificultad. Y lo que nosotras hacemos, lo pueden hacer las mujeres en cualquiera otra parte. Trabajar así es mucho mejor que estar sentadas en casa y lamentarnos de que no hay dinero para lo que uno necesita. Las gentes se han sorprendido al ver que unas cuantas mujeres pueden manejar un negocio como este. Yo quisiera ver algunos hombres de negocios manejárselas para vestir y alimentar una familia de seis o siete niños y encima pagar alquiler de casa a razón de 25 dólares por semana. Las mujeres necesitan prepararse a afrontar por sí mismas estas cosas, o de lo contrario no habrá hogar en pie dentro de algún tiempo.

### Ingeniosos ardides de las sufragistas americanas para ganar votos en el Senado

El método puesto en práctica por las sufragistas americanas para empujar en el Senado su causa, ha dejado absortos a todos los que directa o indirectamente han tenido ocasión de rozarse con las dificultades prácticas de una campaña de esta clase. Los más astutos profesores de estratagemas políticas se declaran derrotados por el ingenio de estas mujeres llegadas hace un minuto a la arena política.

En el «New York Times» de Marzo 3, una mujer, Miss Maud Younker, Presidenta del Comité de Propaganda del Partido Nacional de las Mujeres, explica el procedimiento usado con tan asombroso éxito. Todo consiste en un sistema de tarjetas—índi-

ces en que las feministas anotaban todo lo concerniente a los rasgos morales, sociales, mentales y políticos de cada uno de los representantes y senadores. Esta nota se remonta hasta más allá de la cuna del legislador. Es una documentación completa acerca de sus antecedentes de familia, el ambiente en que creció, su educación, religión, ocupación, etc. Hasta los periódicos que acostumbra leer el interesado figuran en la tarjeta correspondiente, que incluye también sus recreos y deportes favoritos y el café y el club que visita. Cada vez que una propagandista del Comité visita a un legislador, lleva consigo un apunte que contiene todas las anotaciones del índice consideradas como las más útiles para arrancarle la información que se desea. Y todo lo que dice el legislador en la conferencia se registra en la tarjeta marcada con el título "Exactas respuestas y observaciones". Ojos de gavilán están pendientes del pobre legislador, aunque él no lo sepa, y cada palabra suelta va a caer en el archivo, para sacarla a relucir en el momento preciso contra él.

¿Se le ocurre a la pobre víctima inocente declarar que él no cree que su distrito está muy interesado en el sufragio femenino porque suele recibir muy pocas cartas en este sentido de sus comitentes? Pues no tarda el batallón femenino en probarle que se ha equivocado. Al momento una lluvia de telegramas y cartas pidiendo el sufragio femenino inunda el despacho del legislador. Y del efecto maravilloso del procedimiento podemos juzgar por lo que nos cuenta la misma talentosa señorita Younger, quien en el mismo artículo mencionado nos habla de un senador que se desesperó tanto bajo la inundación de telegramas y cartas procedentes de su distrito al conjuro de las ligas feministas y de sus simpatizadores, que dió su palabra solemne de votar por el sufragio femenino, a condición de que se hiciera cesar aquél diluvio, pues todos sus empleados de oficina estaban ocupados todo el día recibiendo y contestando las cartas y telegramas. El mismo declaró que no estaba convencido, pero que cedía para librarse de aquella calamidad.

Otras veces las hábiles ratoneras femeninas atrapan al legislador obstinado por el lado económico. Muchos de ellos suelen tener el apoyo de la caja de un amigo o de una corporación. Pues por ese lado se le ataca en caso necesario. Cedámosle la palabra a Miss Younger:

"El otro día precisamente acudimos al protector financiero de un senador que nos estaba haciendo una fuerte oposición. El

protector quedó convencido pronto de que el porvenir del senador dependía de que se pusiera de nuestra parte. Y prometió escribirle inmediatamente y esperamos un cambio radical en el voto de dicho senador en el momento oportuno. Veintidós senadores han cambiado de actitud en favor del sufragio femenino desde que yo llegué a Washington, (en 1916).”

Los gastos en Washington de este Comité de Propaganda durante el año, han sido 100,000 dólares. La suma no es despreciable, pero el archivo solo, la famosa colección de tarjetas que han recogido las huellas de tantas vidas de encopetadas personas en sus momentos más íntimos, constituye un arsenal histórico que vale por sí solo mucho más de los cien mil dólares.

**Las monjas votando.—La primera elección democrática en Alemania.—Lo que dicen los periódicos de Berlín acerca de las elecciones que elevaron al poder a los socialistas moderados**

Desde cualquier punto de vista que se le mire, el acto político envuelto en estas elecciones no puede menos de considerarse como uno de los grandes episodios históricos de este siglo. Con sólo tener en cuenta que las citadas elecciones han tenido lugar como inauguración del nuevo régimen democrático, sucesor del viejo régimen militarista y autocrático del Kaiser, se tiene idea de la significación de este primer paso del pueblo alemán en la nueva vía que se le abre después de la guerra. A continuación recogemos los datos más salientes de la larga reseña que publican los periódicos.

El día electoral transecurrió sin disturbios. El número de electores que concurrió a las urnas fue muy grande, alrededor de un 90 por ciento de todos los ciudadanos con derecho al voto. En las primeras horas de la mañana la aglomeración frente a las urnas fue inmensa; pero al medio día ya la corriente había decaído mucho y en la tarde quedaron casi totalmente desiertas las calles donde se votaba.

Fuera de algunos barrios donde algunas gentes habían organizado celebraciones con música, películas y heraldos, Berlín daba la impresión de los días normales. Esta calma se debió en gran parte a la gran vigilancia de las patrullas militares. Siete divisiones fueron traídas para ponerlas de guardia en plazas y calles. En todos los colegios había tres o cuatro soldados con rifles encargados de custodiar el orden de la elección. En varios puntos de la ciudad las

tropas estaban dispuestas a actuar energicamente a la primera señal de motín.

Por primera vez participaban las mujeres en unas elecciones generales. Jóvenes y viejas acudieron en las primeras horas de la mañana mostrando un gran desco de no perderse la ocasión de votar.

Pero la nota más rara de toda esta jornada política la dieron las monjas de los religiosos que negara su concurso a la gran sus hábitos religiosos a depositar su papeleta electoral. Las ursulinas votaron a las 10 de la mañana, llegando al barrio que les correspondía en coches cerrados. Y así las «Hermanas dominicas», «Hermanas de María», etc.; no quedó en todo Berlín ninguna religiosa que negara su concurso a la gran batalla electoral.

Sólo en un barrio, Leipzigerstrasse, entre Mauer y Wilhelmstrasse, se registró un conato de disturbio, pues algunas granadas fueron arrojadas durante el día desde los techos cereanos a la calle.

En varios colegios hizo su aparición por la tarde un hombre con uniforme de capitán, en automóvil, quien declaró que tenía el encargo de recoger todos los datos de la elección de parte de los jueces, a las ocho y media, y que con ese fin volvería. Los oficiales electorales se extrañaron de la contradicción entre esta orden y las que habían recibido previamente e hicieron pesquisas al efecto, averiguándose después que todo era un ardid para apoderarse de las notas de la elección. El hombre del automóvil parece que se enteró a tiempo, pues no se volvió a presentar.

Para dar una idea de la afluencia de votantes basta saber que en Potsdam, la antigua ciudad militar, donde había 23 colegios electorales, votaron 40,700 personas. Y dos terceras partes de estos votantes fueron mujeres.

### La doctora Julieta Lanteri

La Doctora Julieta Lanteri de Renshaw lanzó su candidatura para Diputado Nacional en las recientes elecciones que han tenido lugar en Buenos Aires. Suponemos que la flamante sufragista argentina no habrá alcanzado la victoria, porque el hecho insólito de que una mujer baje a la arena política a disputarles el voto a los hombres que han hecho profesión parásita de ella, ha debido levantar grandes marejadas de enconados prejuicios en la opinión, conservadora aún, de los elementos denominados liberales de aquel país. Pero el triunfo o la derrota de la señora Lanteri de Renshaw no es realmente lo que interesa, sino

el espectáculo nuevo que ofrecerá de hoy en adelante la lucha cívica en la Argentina. Ella ha anunciado la organización de un pequeño ejército de mujeres ilustradas y educadas políticamente para librar batalla en las sucesivas campañas electorales. Como jefe de un partido feminista, la Dda. Julieta Lanteri de Renshaw reúne prendas insuperables de claro talento, amplia cultura y carácter organizador. Ella fue la creadora del afamado Congreso del Niño, la institución intelectual de mayor trascendencia sociológica y de más bien obtenidos prestigios continentales que ha nacido en Hispano-América y que reúne todos los años a reputados pensadores, sociólogos, políticos y educacionistas para discutir los grandes problemas sociales y pedagógicos que afectan a los pueblos de nuestra raza. No se trata, pues, de una mujer más o menos desorbitada, marisabidilla y locuaz, como las que suelen pintarnos con su imaginación de comedras chismosas los botarates ilustrados que caricaturan el feminismo. La Dra. Lanteri es una mujer sin artificios, dotada de las más bellas prendas morales, mujer de ciencia (es médico) y de inequívoco altruismo humanitario; no es joven ni bella, pero sí muy insinuante y seductora, por su ingenio ríavieso y cáustico, aunque sin pizca de veneno, por sus innumerables actos generosos, y sobre todo, por ser una mujer completa, antípoda de la mujer convencional, que en vez de rendir culto a las mojigaterías ararigadas en nuestros medios, se lanza al mundo con el alma al aire libre, dispuesta a ensanchar el pequeñísimo escenario de la vida social en que se mueve la mujer hispano-americana. La tierra está todavía virgen entre nosotros; pero no estéril para la siembra de tales ideales.

Pronto tendrá la América del Sur figuras femeninas tan grandes y admirables como las que hacen el orgullo de la América del Norte.

### Una huelga de mujeres que deja estupefactos a muchos.

Entre las huelgas recientes en todo el mundo ninguna dejó al público tan estupefacto como la que llevaron a cabo en los Estados Unidos las muchachas del teléfono. La noticia de que desde el Estado de Maine hasta Rhode Island las telefonistas habían dejado a un tiempo sus puestos en señal de protesta contra Mr. Burleson, por el mal trato que éste les venía dando, se apoderó de la pública imaginación como ningún otro suceso del día. Y en realidad era de sor-

prender grandemente el hecho insólito de que unas simples muchachas habían demostrado el enorme poder de paralizar súbitamente el servicio telefónico en seis Estados y producir alarma y confusión general en los centros mercantiles, sociales y burocráticos. Y lo más de admirar es la manera ingeniosa y metódica en que dieron su batalla las muchachas.

En Diciembre de 1918 expiraba el contrato estipulando la vieja escala de los salarios de los empleados, y como resultado, del aumento tremendo en el costo de la vida, las telefonistas se creyeron más que nunca con derecho a solicitar una nueva escala de salarios. Y aquí fue donde nuestro señor Burleson se hizo sentir. Durante seis años había venido funcionando la Junta o Tribunal de ajustes entre los operadores y la compañía. Pero Mr. Burleson, enemigo a muerte de todo lo que signifique personalidad colectiva para contratar en los empleados, repudió el tribunal de ajustes. Sobrevino la huelga inmediatamente.

Pero el rasgo principal, el más sorprendente de esta huelga originalísima, fue la manera como las telefonistas no organizadas de los pequeños pueblos y aldeas perdidos en los llanos de Maine y de Vermont respondieron inmediatamente al grito de protesta de sus compañeras de Boston. En cada gran asamblea de las muchachas de Boston se leían numerosos telegramas que llegaban desde los más remotos rincones. He aquí un delicioso ejemplar de uno de estos telegramas de pueblo chiquito:

“Un ciento por ciento fuera—las cuatro juntas nos hemos salido a la misma hora y estamos en manifestación desde ayer por la mañana a las 7. Tenemos mucha hambre. Enviennos ayuda.”

En otro pueblecito la telefonista jefe se marchó con las muchachas y nadie pudo llegar al aparato, porque ella tenía la llave en el bolsillo.

Que esto fue una gran victoria para las telefonistas, aunque sólo temporal, no hay quien lo niegue; pues no habían transcurrido cinco días cuando ya las muchachas habían obtenido garantías suficientes mediante las cuales consintieron en volver a trabajar. Y así terminó una de las más estimulantes pruebas de que la conciencia de sus derechos sociales va despertando rápidamente entre los trabajadores y trabajadoras de la tierra.

# La voz de los grandes pensadores

(TRADUCCIONES Y REPRODUCCIONES)

## Todos debemos trabajar para pagar

GEORGE BERNARD SHAW

**E**L gran problema financiero que ha dejado planteado la guerra consiste en averiguar el medio de repudiar la deuda nacional. El estadista tiene un deber doble en este asunto.

Primero: debe reconocer, proclamar, confesar, y en toda ocasión posible empeñar en ello solemnemente su palabra, que es absurda toda idea de repudiación: que destruiría el crédito nacional y provocaría irreparables desastres; que sería una acción deshonrosa e infamante; que cualquier gobierno que la propusiera sería arrojado ignominiosamente del poder y de la vida pública para siempre; y que aún los bolsheviki (o quien quiera que se juzgue conveniente denigrar en tal momento), se resistirían a acudir al extremo recurso de este crimen político.

Segundo: una vez expuesto y sentado lo anterior, con el beneplácito de todas las partes interesadas, el estadista debe proceder acto seguido a una repudiación de la deuda nacional tan completa como pueda atreverse a perpetrar.

Esto significa que la repudiación de la deuda nacional no debe de ninguna manera llamarse "repudiación". "Trasladar es como el discreto dice", exclamó el cómplice de Sir John Falstaff, cuando alguien aludió en presencia suya a un robo.

### Conducta escandalosa con los hombres de posición

Como ocurre que yo soy propietario, estoy perfectamente acostumbrado a que los bienes me sean confiscados y mis préstamos al Gobierno repudiados. El Gobierno no dice nunca: «Nosotros repudiamos nuestra deuda con usted en cuanto a un 33 ó 40 por ciento». El Gobierno, de la manera más escrupulosa, me paga completos los intereses,

y entonces echa detrás de mí a un cobrador de contribuciones que me para y me asalta, arrebatándome 6 u 8 peniques, poco más o menos, por cada libra de los intereses, y dejándome el resto, magnánimamente, para llegar hasta casa. Pero antes de que yo le hubiese prestado al Gobierno un solo céntimo, el Gobierno tenía la costumbre de hacer lo mismo con mi renta ordinaria, aunque me dejaba un poco más para llevar a casa.

Así es como se está haciendo ahora. Pero la cosa tiene límites. El Tesorero tiene que andarse con mucho cuidado. Los extranjeros no pueden ser sujetos a esta clase de impuesto, a menos que se trate de irlandeses, o naturales de algún otro país insignificante. Los súbditos de naciones formidables han de recibir íntegros sus intereses hasta el último centavo, y a falta de intereses tienen derecho a reclamar íntegro el importe de su préstamo. En consecuencia, yo he pensado cambiar mis bonos de guerra ingleses por franceses; y la operación en sentido contrario se le habrá ocurrido seguramente a todo patriota francés que como yo, se lanzó a salvar a su patria al 5 por ciento de interés.

### Nunca mas

Además, hay promesas tan sagradas que nunca deben romperse (y deben, por consiguiente, salvarse por un hábil rodeo). El mundo del capital tiene buena memoria. Yo la tengo también. Puedo recordar cuando la contribución sobre la renta era de dos peniques por libra. Gladstone se hizo famoso como hacendista sólo por haber suscitado esperanzas de acabar con ella del todo. Yo recuerdo cuando el tipo de interés sobre valores seguros bajó hasta un dos y medio por ciento. Eso fue en los dichosos tiempos de paz, antes de que la guerra Sur-africana alborotase las cosas otra vez. Goshen se aprovechó a su gusto de ello. Llegó hasta amenazar con el pago total de la deuda nacional. El, probablemente, había ido a ver al actor Irving

en «Richelieu». En este drama, recordarán ustedes que el cardenal le dice al gallardo protagonista que debe pagar sus deudas. «Con mucho gusto, Eminencia,” replica el héroe, “¿dónde cojo prestado el dinero?” Goschen aprovechó la indicación. Y les dijo a los tenedores de la deuda que en lugar de pagarles un 3 por ciento por un dinero que él ahora podía conseguir al dos y medio, él lo conseguiría a este tipo y les pagaría el principal en seguida, “a menos que ellos, patriótica y voluntariamente, ofrecieran aceptar un dos y medio por ciento en lugar de un tres, en lo sucesivo.

La mayor parte de ellos lo hicieron así. Pero, fijaos en el resultado. Esta vez nuestros capitalistas se negaron a prestarle dinero al Gobierno, aún con los hunos a la puerta, a menos que el Gobierno se comprometiera a no pagarles. Yo conozco a muchos deudores que no pondrían dificultad ninguna en cumplir con esta condición, aún antes de que se les pidiera; pero el Gobierno no podía tragársela del todo. Y las partes llegaron a una transacción en virtud de la cual el empréstito no sería saldado sino después de ciertas fechas.

### Impuestos sobre la tierra y sobre el capital

Sin embargo, los recursos de la civilización son grandes. Donde hay una voluntad hay un camino. Por desgracia, el camino más popular es sin duda alguna el peor. Se ha indicado que, como tenemos el compromiso de no gravar con impuestos lo que el capitalista tiene, debemos proceder a gravarle lo que no tiene. Esta forma de operación es la que Mr. Lloyd George se propone poner en práctica con su «Impuesto sobre la Tierra». La fórmula del partido laborista es la del «Impuesto sobre el Capital». Las dos están sujetas al reparo de que si uno trata de cogerle a un hombre lo que no tiene, es probable se quede con las manos vacías. Si usted viene donde mí para gravar con un impuesto el dinero que yo le presté al Gobierno para que pelease con los alemanes, es claro que lo recibo con el pulgar sobre la nariz. Ese dinero está ahora representado por hombres muertos y edificios en escombros, allá en Flandes; y usted puede servirse de ello a discreción, siempre que logre identificar los determinados huesos y ladrillos en que se convirtieron mis balas de plata. También está representado mi dinero por mi nombre y apellido, con ciertos números al lado, en los libros del Banco de Inglaterra: una gota de tinta sobre un pedazo de papel. Cuanto

a Mr. Lloyd George y a sus impuestos sobre la tierra, yo soy propietario de tierras de igual modo que capitalista. Mis posesiones agrícolas no son gran cosa, pero, de todos modos, soy el señor de unas pocas hectáreas de barro irlandés. Si el primer ministro cree que puede sacarle un céntimo a este barro por encima de su producción actual, que al tipo corriente de interés ahora representa un 3 y medio por ciento menos de lo que costó, él puede muy bien cargar con el barro, y así se volvería un primer ministro más sabio, y más triste. Pero sería mejor que antes leyese a Karl Marx y así se evitaría la molestia. En los días de la revolución francesa, Karl Marx no había explicado todavía la verdadera naturaleza del capital. Por consiguiente, los jacobinos trataron los meros valores de bolsa como si fuesen riqueza efectiva. Giraron papel moneda contra ella y guillotinaron a todo el que cogían exigiendo 850 libras por 2 onzas de té, que era el precio honrado en papel moneda. Es un error suponer que todas las víctimas de la guillotina eran marqueses, ex-queridas de Luis XV y abogados ingleses que morían por salvar a los nobles franceses, con quienes habían cambiado de traje después de hacerles el regalo de sus novias. La mayor parte de ellos eran buenas gentes que se olvidaban de bajar las cortinas al toque de silencio o que se negaban a morir de hambre en holocausto a la bella teoría de que los valores sobre la riqueza y sobre la tierra eran pan y mantequilla.

No existe más que un solo camino para salir del atolladero.

Pero antes de cumplir mi promesa de mostrar este camino, yo debo recordarle a todo el mundo que no se trata ahora de la cuestión de pagar el costo de la guerra. La guerra está pagada ya. Lo que llamamos ahora pagar la guerra no es otra cosa que el pagar a las gentes que pagaron la guerra con su dinero. Se olvida por regla general que la guerra se pagó, no sólo en dinero, sino en vidas y mutilaciones, en sangre, trabajo y terror, en carreras profesionales destruidas, en exceso de trabajo arrebatado a precios escandalosamente bajos, (¿qué piensa usted de doce horas de trabajo al día, a dos y medio centavos la hora, por ejemplo?). Entre mis amigos más inmediatos, recuerdo a uno que ha perdido un pulmón, a otro que ha perdido una pierna, a otro que ha perdido la vida, y a otro que, en plena madurez de sus facultades para el arte de Shakespeare, tuvo que consumir, en la rutina de una oficina militar, los tres años en que hubiera podido escribir

tres grandes dramas. La mayor parte de los hombres que leen estas líneas pueden narrar el mismo cuento acerca de sus relaciones.

Y ahora fijaos! Estos acreedores nacionales no pueden recobrar lo que nos han dado. Todos los caballos del rey y todos los hombres del rey, de nada sirven para construir un pulmón, ni para hacer crecer una pierna de nuevo como crece la cola de un lagarto, ni para levantar a los muertos. Cuanto a contribuir con obras maestras al teatro inglés ¡Dios no permita que lo intenten! Y aquí viene mi ventaja como simple prestador de dinero: yo puedo recobrar lo que dí. Y si el Gobierno repudia la deuda y no se me paga, ¿puedo lanzar un rugido de protesta? Seguramente que puedo, y seguramente que lo haré; pero ¿no debería entonces escucharse una careajada infernal surgida de las tumbas de mis amigos muertos, y de la boca del hombre que perdió un pulmón, y del otro que perdió una pierna, sin hacer mención del autor de las obras maestras que ya no han de escribirse? Si el Gobierno fuera a borrar de una plumada la cuenta de los siete mil millones que cogió prestados y enterrase la deuda nacional en los repletos cementerios del frente occidental, esta injusticia no sería mayor que la que han tenido que sufrir millones de hombres, en forma mil veces más cruel y mortal, durante los últimos cuatro años de horror. Desde el punto de vista de lo bueno y lo malo, el acreedor individual de dinero no tendría absolutamente nada que decir contra la repudiación.  Todavía se podría sostener que la injusti-

cio obligatorio. Pero si Henry Dubb (el obrero) es tan imbécil que no se dá cuenta de que la planilla no puede tener otro significado que ese, prueba es de que está enajenado, y entonces todo contrato con él es nulo. Pero una prenda o promesa empeñada a un Rothschild en una operación de dinero es otra cosa. Faltar a ella sería prueba evidente de bolshevismo.

### La cuestión de pagarle a los que prestaron dinero

Siendo yo mismo uno de los acreedores de dinero, no despacharía la cuestión moral del pago tan generosamente, si no fuera porque me queda aún otra carta escondida en la manga. La verdadera dificultad en esto de la repudiación está en el peligro de interrumpir súbitamente la distribución de la renta nacional de tal manera que eche al suelo las garantías que sirven de base a las necesidades económicas de la familia británica. Si el Gobierno, conmovido por las quejas recientes de nuestras escuelas de Anatomía, que aseguran no tener actualmente cadáveres suficientes para diseccionar, resolviera cortarme una de las piernas con el fin de suplir esta necesidad de las escuelas de Medicina, yo no quedaría en peor situación que el amigo mío a quien le volaron la suya los alemanes. Pero si el Gobierno me corta a mí la renta, seguramente que le estaría cortando la renta a una docena de personas, sin hallarse él ni uno de los acreedores de dinero.

dad. El chofer del auto nacional nos conviene fácilmente a todos de que tiene que avanzar muy lentamente, y luego coge la palanca de los cambios de velocidad y los imprime impulso de retroceso a las ruedas.

### Servicio civil obligatorio

El medio seguro de salir de la deuda nacional es, en lo que respecta a los extranjeros, el pagarles. Nada nuevo es esto. El medio de arreglárselas con los acreedores domésticos, consiste en una medida que el obrero ha combatido hasta ahora muy furiosa y muy imprudentemente. La medida es el servicio civil obligatorio, lo que las Uniones Obreras designan con el nombre de conscripción industrial.

No se alboroten. Permitidme explicar. El inglés que le prestó su dinero a Inglaterra se lo prestó a sí mismo y si quiere que le paguen, debe pagarse a sí mismo con su propio trabajo. Todo aquel que prestó un millón exclamará aquí: «Pero es que yo presté más de mi porción; y no podría saldarse con mi propio trabajo, aunque trabajara durante mil años». A lo cual debemos responder: «Precisamente, no vamos a pedirle que se pague más de su propia porción haciéndole trabajar más que a ningún otro. Sin embargo, como todo el mundo tuvo que hacer por la carga durante la guerra, fuera o no fuera millonario, todo el mundo debe ahora hacer por la carga en la paz, y los días de trabajo suyos, en cooperación con los de los demás, han de ser su contribución para el saldo de la deuda que se contrajo por el bien de usted tanto como por el de los demás».

### Henry Dubb al quite

Nuestro querido Henry Dubb se levantará entonces y declarará que nada le ha de inducir a él, el heredero de las edades, e hijo de la libre Inglaterra, a someterse a la conscripción industrial. Habiendo estado desde la cuna compelido a trabajar bajo el látigo del hambre, él se halla enteramente inconsciente de la compulsión, de la misma manera que está inconsciente del gusto del agua, no porque beba siempre cerveza, sino porque nació con el agua en la boca. Henry (el obrero) seguirá protegiendo al capitalista de la compulsión para el trabajo por mucho tiempo todavía; y durante este tiempo él tendrá que pagar la parte de intereses del capitalista sobre la deuda nacional, tanto como la supa. Pero

quizás su hijo sea más despejado e insista en que el capitalista rinda su día de trabajo y reme por su propia salvación en la barca nacional.

Entonces las cosas serán más fáciles. Porque cualquiera ve que si un millonario tiene que trabajar lo mismo que cualquiera otro, toda la gracia de ser un millonario se viene al suelo. Cuando llegue a su casa a las 5, después del trabajo, y pregunte por qué no se le despacha a las 4 en lugar de a las 5, la réplica debería ser: «Porque la carga de la deuda nacional lo exige así, ya que los intereses sobre la misma—se lo podemos asegurar bajo la autoridad de tan eminente economista capitalista como Nassau Senior—sólo puede pagarse haciéndole a usted trabajar hasta la última hora todos los días». A lo cual el millonario inmediatamente respondería: «Vaya al diablo la deuda nacional! Déla por saldada y salgamos todos una hora antes.»

### Una repudiación honrada

Así, procediendo cuerda y rectamente en esta materia, la deuda nacional sería repudiada, no por los deudores, sino por los mismos acreedores. Y esa es la única repudiación honrada.

Me atrevo a sostener que esto no sucederá en mi tiempo. Henry Dubb se abraza a sus cadenas demasiado estrechamente todavía para esperar nada; y yo probablemente seré arrojado del partido laborista por defender aquí la conscripción nacional civil. Pero de todos modos, yo he señalado el camino. Apres moi le déluge.

## Portentos políticos en Inglaterra<sup>1)</sup>

W. P. GORIER

Un prodigio político ha tenido lugar en Inglaterra y todo el mundo está discutiendo su significado. Recientemente se han celebrado tres elecciones parciales. En la del distrito de Liverpool, una gran mayoría del partido de la Coalición fue casi totalmente destruída. En West Leyton, una mayoría de la Coalición que en las elecciones últimas estaba representada por 5,000 votos, fue reducida a una minoría de 2,000. En Central Hull, distrito que tiene una larga tradición conservadora, una mayoría de la Coalición que pasaba de 10,000 ha sido reducida a una minoría de menos de 1,000.

(1) Este concienzudo trabajo viene a complementar muy oportunamente la impresión del conjunto que en las notas de la sección denominada "Los grandes asuntos del día" damos acerca del verdadero estado de la política inglesa contemporánea.—N. del D.

Todo este ha ocurrido cuatro meses después de las elecciones generales. Ni el incremento del electorado causado por la ampliación reciente de la franquicia electoral, ni la concesión del voto a las mujeres, sirven para explicar el resultado. El acontecimiento no tiene precedentes en nuestra historia política. Es cosa demasiado sabida que los gobiernos se gastan en el poder y que después de una guerra la impopularidad del poder se inicia más rápidamente que en cualquier otro tiempo. Era seguro también que después de la guerra mundial, la ola del descontento político empezaría a inflarse con rapidez y violencia excepcionales. Pero nadie sonaba que en un período de tiempo tan corto, demasiado corto para permitirle a ningún Gobierno «portarse bien», el electorado habría de revocar sus decisiones al por mayor, convirtiendo al nuevo Gobierno en un cuerpo que ha perdido todo título a llamarse representación del pueblo. Este es un hecho verdaderamente grave. El Gobierno tendrá que tomar resoluciones de gran importancia y no faltarán de aquí en adelante voces que declaren que ya no posee la autoridad moral necesaria para ello. De lo cual se desprende que existe un profundo movimiento de fuerzas populares que ahora sólo vagamente podemos vislumbrar y cuyas culminaciones futuras no es posible prever. Su acción actual es puramente negativa. Por ahora están experimentando descontento y decepción, y aunque su resentimiento es saludado regocijadamente por algunos políticos opuestos al ministerio actual, lo cierto es que no existe señal alguna de que estas fuerzas populares desean ver a estos caballeros, a quienes repudiaron tan vigorosamente en Diciembre, restaurados al poder.

Sin duda alguna estas elecciones son un fallo condenatorio del Gobierno de Lloyd George. En este punto todos los críticos serios están de acuerdo, sea cualquiera su punto de vista. El hecho mismo de que, no obstante sus muchas discrepancias, estén ellos de acuerdo en esta opinión, ayuda a explicarnos la acción de los electores. Pues todos los críticos, liberales, laboristas y coaligados, están descontentos con el actual Gobierno y cada uno está dispuesto a asegurar que las masas electorales se han vuelto contra el Gobierno por las razones mismas que a ellos los impulsan. Es lógico suponer que el descontento de los distintos tipos de críticos en la prensa está representado también en la opinión popular y que el Gobierno ha sufrido estas repulsas sin paralelo por la sencilla razón de que actualmente no satisface a nadie.

Durante algunas semanas, el partido de la Coalición ha estado mostrando resentimiento contra Lloyd George, su jefe, por sospecharle comprometido en una paz «suave» con Alemania. El «Morning Post», que desea una paz «francesa», está disgustado porque Lloyd George no ha apoyado en toda ocasión las pretensiones francesas con respecto a las fronteras de Polonia y del Rin. El «Times» no puede tragar la política georgiana de reparaciones e indemnizaciones. Y así, estos críticos, declarando que el electorado está cansado y deprimido por las interminables demoras en París, lo que es verdad, identifican las causas de este sentimiento con los motivos de su propia indignación, de lo cual no hay ninguna prueba. Pues todo aquello que de la política del «Morning Post» figuró en las elecciones de Leyton y Hull, fue controvertido abiertamente por los candidatos liberales que salieron triunfantes de las urnas. «Si Mr. Lloyd George está al lado del presidente Wilson y en contra de los patriotas de otros países», declaró el comandante Kenworthy, uno de los candidatos triunfantes, «el resultado de estas elecciones de Central Hull no podrá menos de darle más fuerza.» Tenemos, pues, que buscar un poco más hondo las causas determinantes del cambio brusco en el electorado.

No es posible dudar de que las mujeres últimamente inscritas en las listas electorales, votaron en gran número por Lloyd George en las elecciones generales, y así resulta que sus votos ahora han ido a sumarse al de los enemigos del Gobierno. Un amigo de la coalición que asistió a las elecciones parciales de Leyton declaró que cuando las mujeres votaron por Mr. George en Diciembre esperaban que el costo de la vida, especialmente en lo tocante a alimentos, bajaría mucho con el advenimiento del nuevo Gobierno, y que ellas quedaron amargamente decepcionadas cuando vieron que no sucedía así. Esta actitud de las mujeres no es muy razonable, pero era inevitable. Es natural que electores nuevos, no acostumbrados a la política y enseñados asiduamente a creer que el anhelado voto es un gran instrumento de progreso político, esperen grandes cosas como resultado del primer ejercicio de su mágica arma y se muestren resentidos cuando nada sucede. El elector masculino, aunque ha sido embaucado más, es a menudo más iluso, pero en el fondo sabe bien que los gobiernos hacen relativamente muy poco para cambiar el curso de su vida. Las mujeres aprenderán esto con el tiempo y llegarán a ser tolerantes, pero actualmente e<sup>1</sup>

mentan gran desasosiego en aquellos asuntos que les conciernen tan de cerca como los tipos de jornal, pensiones, alquileres y demás, y ellas no entienden cómo, después de haber llevado al poder al político cuyo nombre les sonaba mejor, su suerte no es mejor que antes.

Las mujeres no eran, sin embargo, la única sección del electorado preocupada del costo de la vida. En Hull, el partido liberal hizo gran hincapié en la política del gobierno concerniente al bloqueo y a las restricciones comerciales. Si el Gobierno padece por esta causa, lo tiene bien merecido, pues nada hay más cierto que su política actual consiste en mantener los precios altos en favor de ciertos manufactureros. Ellos defienden esta política como puramente de transición. Lo importante es que la política y sus efectos se están sintiendo; lo de si es o no de transición, queda por verse en una fecha ulterior.

Como segunda causa decisiva, podemos recurrir a los candidatos victoriosos del partido liberal en Hull y en Leyton. Concedan ellos en admitir que deben su victoria principalmente a la cuestión de la conscripción. De igual modo que en el caso de los embargos sobre importaciones, se defiende la conscripción presentándola como una medida de transición y se arguye que bajo las presentes circunstancias debemos mantener la conscripción para prestarle alguna seguridad a nuestro ejército de ocupación en el Rhin y en algunos puntos de Turquía. La verdad es que el disgusto popular producido por la prolongación del reclutamiento forzoso se extiende a causas más amplias. El pueblo pensaba que al terminar la guerra en Noviembre 11, ésta quedaba terminada en realidad. No entienden ellos por qué ha de ser necesario, cinco meses después del armisticio (que para la masa del pueblo es sinónimo de paz) el mantener grandes ejércitos reclutados obligatoriamente; ni tampoco por qué, después que Alemania ha sido destruída, la lucha deba continuarse en media docena de puntos diferentes en Europa. El público sabe, porque ello ha sido declarado en el Parlamento, que los Estados Unidos no prestarán ayuda ninguna a la intervención en Rusia; ellos han oído que el Japón, que iba a marchar hasta el Volga, no dará un paso más allá del lago Baikal; ellos han leído que M. Pichon ha declarado que no irán más tropas francesas, ni siquiera como auxiliares, a Archangel; a ellos se les ha dicho que la legión finlandesa en Murmansk está conspirando para traicionar a los aliados.

El resultado de todo ello es que el pueblo quiere paz. Cuando la revolución rusa estalló en 1917, el hecho cardinal de la situación era, según se descubrió pronto, que para el soldado y para el labriego ruso la guerra había llegado a ser una execrecencia y una impertinencia. Ellos deseaban volver a su vida corriente y quedar libres a toda costa de la guerra. De igual modo el elector inglés está exasperado con las demoras de París, porque ellas perpetúan la conscripción, prolongan el período de ocupación del Rhin y el de la expedición rusa, aplazan el regreso a la paz genuina, al día de trabajo normal del mundo que tanto se hace desear. Las resoluciones de las varias uniones obreras contra el servicio obligatorio y las expediciones rusas, las que a veces son acompañadas con amenazas de acción violenta, son en parte de origen político, pero en parte también son el producto de este hondo deseo de salir de una vez por todas de una guerra que terminó hace cinco meses y que sin embargo continúa viva entre nosotros.

Estas son las principales causas del presente malestar que se va apoderando del país. Las quejas que formula el «Morning Post» y los trescientos y pico de sus colegas reaccionarios que demandan indemnizaciones fuertes de Alemania y el aislamiento o intervención activa contra los bolshéviques, son expuestas en la prensa y en la cámara, pero no hay el menor vestigio de que hayan influido en un solo voto de los depositados últimamente contra el Gobierno. Es muy difícil suponer que los chauvinistas decepcionados que les retiraron sus simpatías a los líderes de su propio color, hayan pasado esas simpatías a los liberales, que han de apoyar a Mr. Lloyd George en cada esfuerzo que realice tendiente a una paz moderada y razonable. De otra parte, la agitación obrera que surge del alto costo de la vida se refleja en las urnas y es bueno que exista esta válvula de escape.

Sólo que si la agitación y el descontento continúan, si los comitentes siguen con vigor redoblado retirándole su confianza al Gobierno, sin que éste se desprenda del poder—cosa que es tan peculiar de los gobiernos—una situación muy peligrosa se presentaría. El país seguiría regido por las mismas manos se adoptarían decisiones importantes, Irlanda continuaría sojuzgada por un gobierno desprovisto de autoridad moral... Esto en cualquier tiempo constituiría una situación morbosa. Pero sería mucho peor que morbosa en un país en que, de momento en momento, se viene haciendo la amenaza terrible de «la acción directa».